

## SEÑALES

### Premios literarios.

□ De nuevo en la palestra de la actualidad, (como diría un periodista que yo conozco), los premios literarios anuales, que (como diría el mismo periodista), consagran prestigios y ponen alas a la fama y al renombre. Dejemos al amigo y sus hallazgos y pasemos, lectores, a la noticia que señala. Rodeando el ambiente con las incertidumbres, ilusiones, chascos y desaires que lleva consigo esta cuestión de la lucha sorda por un título y con ese aire simpático que pone Francia en los paisajes del espíritu y la letra.

□ El premio Goncourt de 1934 ha sido adjudicado a Roger VerceL, por su novela «Le Capitaine Conan». VerceL tiene cuarenta años, es profesor en Dinan, ha publicado cinco novelas y tiene cinco hijos. Es, por su edad, uno de esos hombres que Jean Guehenno ha presentado recientemente en un «Diario» significativo y exacto. Su novela, premiada como la mejor del año por los de la Academia Goncourt, es un recuerdo de la Guerra. Aun dura en los oídos y en el corazón de esos hombres de cuarenta años, el eco de los días aciagos. Conan es oficial en el frente de Salónica. Un comerciante adocenado y campechano al que la guerra y el combate hacen sentirse, saliendo a flote desde capas ocultas, la naturaleza sangrienta y cruel de un hombre que mata por gusto. Este gusto, por cierto, sólo surge ante la realidad de una lucha trabada. Conan es, sobre todo, simpático.

Se porta bien en los combates, defiende a sus soldados y en los ratos de ocio o de relativa quietud, en la trinchera, se dedica a contar las muertes que ha hecho, con regocijo de cazador hábil. La figura de Conan es la esencial en la novela y los otros personajes quedan como desvaídos en una bruma secundaria. Pero todos ellos, principalmente los soldados que están bajo el mando de Conan, tienen la misma inclinación. Acaso no es el protagonista un hombre extraordinario, sino sólo el ambiente. Una escena vibrante es la que pinta, reunidos, a los militares, compañeros y subordinados de Conan, narrando, con la misma complacencia que el capitán, cómo mataron al primer hombre, cuál fué la primera pieza cobrada en las andanzas crueles de la guerra. Tragedia, más que personal y exclusiva, de medio y escenario. Roger Verce! narra con elegancia, sin detenerse en patetismos violentos. Se le reprocha la colocación primordial del héroe y la diluída consideración a los demás personajes. No es unanímista, queriéndolo; sin embargo, tras la lectura, se adivina que el protagonista de la novela de Verce! no es el capitán Conan, sino la Guerra; no la persona, sino el conjunto de los acontecimientos. (1)

□ El premio Femina, que lleva una historia breve pero gloriosa, de aciertos, ha correspondido a Robert Francis, por «Le Bateau Refuge». Novela poética, que sigue la trayectoria difícil, marcada por este joven autor desde su primer libro, que le ha valido (dicha trayectoria) reparos de muchos y una discusión sobre puntos de vista novelescos con Francois Mauriac. Dice de Robert Francis un crítico tan sagaz como Ramón Fernández: «Estas señoras (las que conceden el Premio Femina-Vie-Heureuse), han coronado a un novelista muy joven, que se ha consagrado con una tenacidad y una complacencia que necesitamos tener en cuenta, a la novela poética, género bastante delicado y

---

(1) Albin Michel.

sobre todo sumamente engañoso. Nada más cómodo, en efecto, que creerse poeta. Nada más cómodo ¡ay!, que persuadir de ello a determinados lectores. La Poesía, en M. Francis, es natural y esto ya es bastante. Responde en él a una verdadera pasión por la fantasía, lo que es mucho más. Robert Francis no desdeña la realidad. Sus retratos son justos, sus caracteres son coherentes. Podría, como cualquier otro, describirnos las cosas tales y como son. Pero, justamente, Francis no piensa que las cosas sean como son. Las pinta como aparecen ante él, de cierta manera refractada por su imaginación. Esta vista prismática constituye el encanto y la originalidad de su novela. M. Francis nos introduce en un mundo cerrado, pero cerrado por impalpables paredes de cristal irisado». Robert Francis tiene 25 años. Esta obra premiada forma parte de una serie que lleva el título de «La Chute de la Maison de Verre». Parece que Robert Francis demanda para sus libros el título de «féeries». En mucho lo son, sin que llegue lo fáidico a deslucir una base real, vital, humana, vibrante de tan agarrada a la tierra. París es el centro de esta obra, un París que se pudiera llamar visto al través de un realismo mágico, con sus puentes, su isla, su Jardín de Luxemburgo, sus cafetines en los muelles y las tiendecillas abiertas al río. Y con unos intérpretes pintorescos y melancólicos, seres como Patrick, que se dedica a volver muchachas al buen camino y funda una compañía de coches de punto empezando con el landó que le sirvió para ir a su boda; como Petitpinceau, dueño de una tienda de comestibles, en la que trabaja—él dice—para la posteridad; la señora que distribuye azúcar a los caballos; la muchacha que, abandonada por su amante, entra de camarera en una «guinguette» de las afueras y muere una tarde, teniendo abrazada a su hijita. «*Le cabaretier dut employer toutes se forces pour separer l'enfant de la mère.* (1)

---

(1) N. R. F.

□ Marc Bernard se ha llevado el Premio Interallié, por «Anny», una novela de análisis y realidad. Lejos de la moda corriente de llevar los temas sexuales y los dramas y gozos de la carne a la sombra de las ideas freudianas, Marc Bernard, escritor obrero, ha trazado un perfecto documento humano de actualidad eterna. Clasificado por algunos dentro de la escuela *populista*, (con Guilloux y Dabit), el autor de «Anny» no se deja entrometer por establecimientos ajenos y escribe fuera de todo programa establecido. Es un trabajador literario y un trabajador manual. Colocado en una fábrica de automóviles, hace algún tiempo dejó la mecánica para repartir su tiempo entre lo que escribe, (París) y una temporada en el Gard, para tomar parte en las cosechas agrícolas. Los rasgos francamente marxistas, predeterminados, que lucían sus anteriores novelas, no están cultivados en «Anny» de una manera expresa, ni con intenciones dominicales o doctrinarias. La vida, descrita en una sencillez admirable, basta a Marc Bernard para ir presentando sus ideas, desleídas en una trama y en un excelente cuadro de caracteres. La tragedia de los celos, no vulgarmente vista, sino clavada en un temperamento extraordinario, es el motivo esencial de esta novela generosa y valiente. (1)

□ Por último, el Premio Theofraste Renaudot, para una novela de amor en una provincia francesa: «Blanc», de Luis Francis. Como Roger Verdel, el autor de «Blanc» es un profesor universitario. Este libro premiado es su tercera novela. Blanc, después de haber amado a muchas mujeres, regresa a su pueblo, deseando encontrar el amor total que nunca obtuvo. Y se da cuenta de que los anteriores escarceos amorosos le han dejado tales resabios de desabrimiento y desazón sentimental, que no puede tampoco encontrar en esta muchacha provinciana el amor que apeteció durante largo tiempo. Según Marcel Arland, falta

---

(1) N. R. F.

en esta novela más amor del autor por sus personajes, algo que condujera al lector a apasionarse más por ellos. Pero sobresale por el caudal psicológico, por el curso sostenido de la narración y por la facilidad del lenguaje y del diálogo. (1)

Popeye.

□ Sí. El cinema ha llegado a brillantísimas consecuciones. El cinema ha logrado alturas inesperadas, que quitan, por fortuna, los resabios de los innumerables desaciertos del negocio yanqui de películas. Pero ellos mismos nos dan sus triacas para los malos productos. Y entre estas triacas, pocas, quizá ninguna tan certera, tan maravillosa como Popeye, el marinero de la voz gorda; Popeye, *the sailor man*, el forzudo que come espinacas en los dibujos animados.

Fueron estos dibujos, desde hace tiempo, casi desde su iniciación en el cinema sonoro, un espectáculo maravilloso, quizás la verdadera obtención concreta de la poesía y de la pintura superrealista. No creo que se indigne quien se dé cuenta de las cosas: No hay superrealismo más admirable y espléndido que el de los dibujos animados. Primero fué el gato Félix; luego, el conejo Blas. Walter Disney se encargó de darnos en sus «Silly Simphonies» el agrado que nos podían quitar los films pesados que formaban en corazón pretendido del programa. Hay que llegar temprano al cine para ver lo mejor, generalmente. Fué Betty Boop y su compañero, el divo pechisacado, más tarde. Pero nadie ha llegado (ni en los colores de los cuentos para niños) nadie ha llegado a Popeye, el de los brazos gordos, el de la pipa vacía, la voz inconmensurable, las espinacas alimenticias y productoras del «robur» más envidiable. Junto a su mujer, junto a Bluto, el de la barba inflorida, Popeye es el héroe del cinema actual. Y junto a los Fairbanks, juniors o seniors, y las

---

(1) N. R. F.